

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

NUEVAS TEORÍAS FÍSICAS

Y SU CORRELACIÓN CON LOS

FENÓMENOS BIOLÓGICOS Y SOCIALES

CONFERENCIA

DEL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco M. de Costa Lobo,

Catedrático de la Universidad y Presidente del Instituto de Coimbra

LEÍDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 1.º DE MARZO DE 1918



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, núm. 6.

1918

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

NUEVAS TEORÍAS FÍSICAS

Y SU CORRELACION CON LOS

FENÓMENOS BIOLÓGICOS Y SOCIALES

CONFERENCIA

Excmo. Sr. D. Francisco M. de Castejón,

Catedrático de la Universidad y Presidente del Instituto de Colombia.

LEIDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 1.º DE MARZO DE 1918.



MADRID

ESTABLICIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIMS BAYRA

Alameda de San Pedro, núm. 5.

1918.

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

NUEVAS TEORÍAS FÍSICAS

Y SU CORRELACIÓN CON LOS

FENÓMENOS BIOLÓGICOS Y SOCIALES

CONFERENCIA

DEL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco M. de Costa Lobo,

Catedrático de la Universidad y Presidente del Instituto de Coimbra.

LEÍDA EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 1.º DE MARZO DE 1918



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, núm. 6.

1918

NUEVAS TEORIAS FISICAS

Y SU CORRELACION CON LOS

FENOMENOS BIOLOGICOS Y SOCIALES

CONFERENCIA

DE

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Francisco M. de Costa Lobo,

Catedrático de la Universidad y Presidente del Instituto de España.

LEIDA EN LA SESION PUBLICA DE 1.º DE MARZO DE 1918



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE JAIMB KATIB

Compañía de San Pedro, núm. 6

1918

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO MAURA

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

SEÑORES:

Ha ocurrido que en la papeleta de invitación se dice que voy á hacer la presentación del Sr. Miranda de Costa Lobo, y es un error. ¿Cómo voy á presentar yo á quien está tan honrosamente presentado á todos los españoles, así por ser quien es, por su cultura, por sus prestigios, como por el amor que siente hacia España? Lo que voy á hacer únicamente es saludarle, darle la bienvenida y agradecerle el honor que nos dispensa viniendo á ocupar esta tribuna.

El Sr. Miranda de Costa Lobo ha tenido ya otras ocasiones, lo mismo cuando ha recibido á nuestros compatriotas en Coimbra, que cuando nos ha honrado con su visita, con motivo de Congresos á que ha asistido, y de conferencias que ha dado en España, no sólo de traernos un testimonio vivo, confirmatorio, de su reputación y de su renombre, sino de ganarse las palpitaciones de nuestro corazón al unísono del suyo; porque es de aquellos hombres que sienten el patriotismo como —si la inmodestia se me tolera— lo siento yo; cuanto más el patriotismo portugués le levanta el corazón, más desea él la fraternidad y la unión con España. Y esto me acontece á mí, que no sé remontarme á las más altas concepciones del amor á mi Patria sin anhelar que entre los dos pueblos, entre las dos naciones hermanas, sean

cada día más estrechos y más efusivos los lazos de la fraternidad.

Nosotros, y digo nosotros, permitidme el plural, consideramos — al menos por mi parte considero — que entre España y Portugal, todo lo que puede dificultar la compenetración son cosas efímeras, cosas transitorias, cosas ofuscadoras y menudas. Todo lo que es esencial y vivo nos llama á la unión y á la concordia con el más profundo respeto, no ya á los sentimientos y á la dignidad, sino á las más mínimas susceptibilidades, que son respetabilísimas siempre en los pueblos, y realidades muy considerables en la política. (*Muy bien.*)

Hallamos en favor de nuestro común deseo un testimonio, testimonio que nos asegura de que no son vanas aspiraciones éstas. El Sr. De Costa Lobo creo que va á extremar la amabilidad hasta hablarnos en castellano; pero será por amabilidad suya, porque podría expresarse en su idioma y le entenderíamos, como me está entendiendo él á mí, del mismo modo que me entendería cualquiera de sus compatriotas que aquí estuviese. Y esto, ¿qué significa?

La lengua no es sólo un órgano de expresión, es el alcaide más etéreo, la esencia más íntima, más castiza, más genuina, más derechamente emanada del alma de un pueblo. Un pensador nuestro dijo hace tiempo que, cuando Dios, según las Sagradas Escrituras, quiso dispersar á los hombres, no levantó entre ellos el valladar de los intereses ni el huracán disolvente de las pasiones. confundió las lenguas y tuvo á los hombres dispersos: Pues por igual razón, pueblos como el vuestro y el nuestro tienen en la lengua viviente la afinidad; á nosotros nos suena vuestra lengua al abolengo de la lengua pa-

tria; nuestros reyes, nuestros sabios, nuestras originarias glorias literarias, indistintamente manejaban la pluma en uno ú otro idioma. No necesito, por tanto, afirmar, ni investigar, ni analizar nada para saber que somos hermanos.

Y esta es la energía que al fin ha de prevalecer; es, como la gravitación, una fuerza que no descansa; además, si tendemos la vista por el mundo, aunque no la fijemos mucho en los horrores que ahora presenciamos, en los cuales Dios también se muestra, advertiremos que hace más de una centuria que de modos latentes, de modos ostensibles, contrariados á veces, á veces violentados, pero incesantemente avanzando, una energía interna da á las afinidades étnicas y á las vocaciones castizas influencia decisiva en los destinos de los pueblos. Por encima de las organizaciones constitucionales de las soberanías y por encima de los accidentes, de los intereses y de los conflictos de la moderna vida complicada, cada vez más complicada, al fin y al cabo esas grandes energías hondas, históricas, esenciales, indelebles, van labrando y aproximando la hora, que para el Sr. Costa Lobo y para mí será venturosa, en que los dos pueblos tengan solamente en consideración que son hermanos, que tienen un mismo solar y un mismo destino.

Pero yo no he venido hoy para hablar, sino para callar y para oír, como escucharemos embelesados todos la palabra que corresponde al Sr. Costa Lobo. (*Aplausos.*)

que, puesto que ya, en estas cosas, prescinda de otras
que otras historias, indistintamente manifiestan la
plena en uno u otro idioma. No obstante, por tanto
quiere, ni investigar, ni analizar nada para saber que
somos hermanos.

Y esta es la energía que al fin de prevalecer, es
como la gravitación, una fuerza que no deseara; algo
más, al tenernos la vista por el mundo, aunque no la
hemos mucho en los hechos que ahora nos rodean,
en los cuales, por a cambio, se muestra, sistemáticamente
que hace más de una centena de años, intentos
de modos de hacer, contrarios a veces, a veces ya
tentados, pero indistintamente avanzados, una energía
interior de las actividades humanas y a las vocaciones
casuales, inherente decisiva en los destinos de los que
ellos, por encima de las organizaciones constitucionales
de las sociedades y por encima de los accidentes de los
intereses y de los conflictos de la moderna vida común,
cada vez más complicada, al fin y al cabo, cada
gran energía humana, histórica, esencial, más o
más, van latando y aproximando la hora, que para el
Sr. Costa Lobo y para mí será venturosa, en que los dos
puntos tan tan solamente en consideración que son por
manos, que tienen un mismo solar y un mismo día,
que como sea, que sea, que sea, que sea, que sea, que sea.

Pero ya no he venido hoy para hablar, sino para ex-
hibir y para dar, como cachibambas empeladas todos los
párrafos que corresponden al Sr. Costa Lobo. (Luzes)
generalmente, que sea, que sea, que sea, que sea, que sea,
que sea, que sea, que sea, que sea, que sea, que sea,
que sea, que sea, que sea, que sea, que sea, que sea,
que sea, que sea, que sea, que sea, que sea, que sea.

SEÑORAS, SEÑORES:

El hallarme aquí es un hecho bien extraño y que me hace recelar profundamente que los espíritus de tantos hombres notables que pasaron por este alcázar de la Ciencia, y han llenado el mundo con la justificada fama de sus altos merecimientos, algunos de ellos desaparecidos recientemente, y á los cuales tuve el placer de admirar personalmente, como Moret y Gumersindo de Azcárate; otros ha mucho adormecidos en la serenidad de tiempos más remotos, y que por eso mismo pueden ser mejor apreciados, como Moreno Nieto, Silvela, Cánovas, Alonso Martínez... que esos espíritus, repito, sean inexorables en el juicio de la generosidad que han tenido conmigo los hombres que han venido á sucederles, todos luminares de intenso brillo, de los cuales sólo aludiré en este momento á los dos eminentes estadistas que tengo el honor de ver á mi lado, el Sr. D. Eduardo Dato y el ilustre y prestigioso presidente de esta sabia y respetada Academia, el Sr. D. Antonio Maura, que ha querido honrarme dignándose presidir esta sesión, y tan benévolo se ha manifestado en sus admirables y brillantes palabras, como es propio de su noble carácter. Es clarísimo su talento, vasta su ilustración; pero yo, que he sido siempre político, y con ello me honro, porque ninguna duda tengo en afirmar la satisfacción

de haber dedicado mi esfuerzo á la prosperidad de mi patria, y que algo conozco la política, tengo en el mayor aprecio al Sr. Maura como modelo del hombre de Estado.

El hombre de Estado, para serlo, debe tener la abnegación de sacrificarse con perfecto conocimiento de su valor, no perturbando su patria cuando los accidentes extraordinarios de que las sociedades son teatro, no le permiten dedicarle completamente su valiosísima labor. Hacer esto es lo más que un verdadero hombre de Estado puede hacer y la nación se lo recompensará.

Debo recordar también la cariñosa acogida que siempre he encontrado en este país, lleno de gentileza y gracia; debo evocar el cariño con que fuí recibido hace siete años en Granada, cuando allí se celebraba, por tercera vez en España, un grandioso certamen, en que la teoría y la técnica española afirmaban ya un puesto distinguido entre los trabajos mundiales: afecto que se ha acrisolado en Madrid y en Valladolid, y en Sevilla, en donde hace poco tiempo he tenido el placer de recordar de nuevo mis sentimientos de infinita gratitud hacia este noble y generoso pueblo. Sirvan estos sentimientos cordiales de excusa á la osadía de mi presencia aquí.

Me anima escuchar aún en mi corazón las palabras llenas de afecto y de grandeza que S. M. el Rey, á quien desde aquí saludo como á egregio representante de esta nación de héroes é insignes trabajadores, se dignó dirigir en Sevilla á los portugueses que allí fuimos á prestar homenaje á la ciencia española, y que fueron acompañadas por afectuosas demostraciones, que nos emocionaron profundamente.

Con honda melancolía recuerdo los nombres de los

dos hombres eminentes que presidieron los dos primeros Congresos á que asistí, y que amablemente estimularon mi propósito de consagrarme á estrechar los lazos de unión entre los dos pueblos hermanos de la Península, cuyas glorias pasadas iluminan toda la Humanidad, y que están destinados, sin duda, á ocupar aún un lugar eminente. Me refiero á D. Segismundo Moret y don José Echegaray, tan insignes por la complejidad de sus conocimientos, como por lo luminoso de su espíritu. Saludo también con la efusión que corresponde á la amistad con que se dignan honrarme, á los ilustres presidentes de los Congresos de Valladolid y Sevilla, D. José R. Carracido y D. Eduardo Dato, figuras por diversos conceptos eminentes, en esta nación de distinguidos sabios y divinos artistas.

Mucho me ha animado también á solicitar vuestra indulgencia el patrocinio de mis queridos amigos don José Maluquer y D. Eduardo Gómez de Baquero, que han honrado con una reciente visita á Portugal y, en especial, á la Universidad de Coimbra y su Instituto. Y tampoco debo omitir un afectuoso recuerdo á mis primeros y constantes compañeros D. Tomás Azcárate y D. Ignacio Tarazona. En fin, recibid todos mis más cordiales y rendidos saludos.

A las consideraciones sentimentales que me hacen fiar en vuestra benevolencia, creo poder agregar razones científicas que podrán justificar el que un cultivador de la Astronomía, y, por lo tanto, de las ciencias físicas, pueda encontrarse en plena Academia de Jurisprudencia, arrastrado por sucesivas y lógicas deducciones.

Será oportuno observar que nos encontramos en un

momento de tendencias á la unidad científica, como en los siglos pasados se siguió la aspiración á la unidad de fuerza. Cuestión es ésta que en la conferencia que tuve el honor de dar hace dos años en Valladolid, pretendí solucionar con una fórmula aparentemente paradójica, pero á que me inclino siempre: la de la unidad en la infinita variedad.

Así es de esperar que á las tendencias particularistas de la ciencia del siglo XIX suceda un período de síntesis, indispensable para valorar las profundas investigaciones y fulgurantes descubrimientos de los últimos tiempos.

Ocurre ya que los geómetras afirman que hay una sola Geometría, los analistas un solo Análisis; afirmase, en fin, que todas las Matemáticas forman una sola Matemática.

La Astronomía nos muestra que son idénticos los fenómenos manifestados en los más distintos puntos del Universo. La Física descubre la unidad de la estructura de todos esos fenómenos que provocan nuestra profunda admiración con sus infinitas modalidades, siendo suficiente la observación de los más restringidos aspectos de la Naturaleza, en sus ultramicroscópicos incidentes, para hallarnos en presencia de infinitas y sorprendentes manifestaciones, que en nada ceden á la grandiosidad del espectáculo de los infinitos espacios celestes, que al hombre es dado gozar, y que, ¡por qué no decirlo!, sacan su existencia de la propia existencia del hombre.

Considerad la teoría que he expuesto de que el calor, como la visión, como todas las otras sensaciones que llenan nuestra vida, son consecuencia de la acción que

las radiaciones ejercen sobre determinados elementos de nuestro organismo. Así sucede que un cuerpo brilla para nosotros, porque una determinada extensión de retina recibe de una determinada superficie del cuerpo una determinada cantidad de radiaciones por segundo, y puede creerse que todas las superficies serán brillantes para los organismos dispuestos para apreciar así su acción.

Mas si es fácil establecer el encadenamiento de los fenómenos físicos, y por lo mismo su unidad, creo poder comprobar el encadenamiento de los mismos fenómenos biológicos, con la consideración de una fuerza más, de la misma naturaleza, la fuerza vital, y el de los fenómenos sociales con una nueva fuerza, que será para las otras como los radiantes primarios para los demás radiantes.

Confieso que no tengo la pretensión de establecer respecto de esta nueva fuerza á que me refiero una doctrina explicativa tan rigurosa como la de aquellas otras fuerzas, basada en los fenómenos observados.

Mas ello no es motivo para que pongamos en duda su existencia, sabiendo cómo su acción se nos patentiza. Si no ofrece duda el admitir una fuerza causa de la gravedad, otra causa de los fenómenos eléctricos, otra de los vitales, ¿por qué los espíritus demasiado tímidos, para no tacharlos de miopes, no han de admitir estas otras fuerzas?

El espíritu sutil de Newton, con una modestia que exalta más su valor, refería sus memorables descubrimientos diciendo que se limitaba á recoger algunas piedrecitas en las inmensas playas de la Ciencia. Así nos hacía sentir aquel potente genio la inmensidad de

conocimientos que se ofrecen á nuestro afán inagotable de saber. Pero es ya mucho haber podido llegar á las conclusiones que nos es permitido formular, y ver cómo la ciencia actual va levantando el velo del misterio.

Permitidme ahora consignar que si la ciencia de la Jurisprudencia debe tener su base en la Sociología, y los fenómenos sociales y biológicos son correlativos de los fenómenos físicos, mi presencia aquí solamente puede extrañar por insuficiencia personal.

El estudio de esa correlación, que á mi parecer no tiene solamente valor especulativo, será indispensable para obtener soluciones generales y rigurosas.

A ello nos conduce la idea de la función, la más fecunda conquista de las Matemáticas, que con su significado nos indica cómo el estudio completo de los fenómenos sociales exige la consideración de todos aquellos de que son función.

* * *

Es inmenso el campo que se nos presenta, y yo no me atrevería á hacer siquiera un esbozo si no me encontrase en presencia de un público tan ilustrado, que fácilmente suplirá mis deficiencias.

Fué el 22 de Octubre de 1915 cuando tuve la fortuna de exponer por primera vez en Valladolid mis ideas sobre la ciencia física, partiendo de las bases en que creo poder cimentar los conocimientos actuales, otorgándome el honor de oirme muchas de las personas que hoy tengo el placer de encontrar aquí de nuevo.

He propuesto la doctrina de que todos los fenómenos físicos pueden ser considerados como caloríficos, y re-

futado al mismo tiempo los dos principios que aun hoy son bases de la termodinámica, el de la conservación de la energía, y el de la degradación que conduce al aniquilamiento general por la reducción de todas las energías á la calorífica.

Con mi teoría desaparece como por encanto el fantasma del éter, invención providencial para las explicaciones, pero sin otra utilidad en el Universo, noción profundamente perturbadora que ha conducido á las más peligrosas ilusiones.

Felizmente, los descubrimientos de la radioactividad han venido á restituirnos el hilo perdido, después de los geniales descubrimientos de Newton.

Refiriéndome al éter decía entonces: «Siempre concentrado en el más completo misterio, siempre invisible, nunca hallado, conserva aún su imperio, aunque estén minados los fundamentos de su teoría y se reconozca que su existencia de esfinge, que su utilidad de fantasma, tiende á disolverse en una vana quimera.»

Esta referencia tiene particular interés porque es exactamente en la eliminación del éter donde se encuentra la razón de las nuevas doctrinas, fundadas en el reconocimiento de la radiación de la materia, las cuales doctrinas nos conducen á la nueva consideración, hoy bien visible, de la existencia de los radiantes, que explican todos los fenómenos físicos, atribuyéndoles conveniente estructura.

La hipótesis que presenté—justificando que no hay progreso científico sin hipótesis fundadas y comprobadas por la observación de los hechos—, fué que están constituídos por cadenas de atomogenios—elementos de espesura considerable y núcleos poco sensibles para los

radiantes de la región roja é infra-roja—; ya largamente fusiformes con núcleos separados, que podrán quizá no existir, y son por eso de una extrema tenuidad que les permitirá atravesar sin desvío las más compactas y complejas sustancias, habiendo una infinidad en escala gradual. La velocidad será la de la luz, la de la electricidad, cerca de 300.000 kilómetros por segundo.

Rápidamente observaré que en seguida nos encontramos con una óptica apoyada en sólidos fundamentos, con la desaparición de la fantástica intervención del éter, infeliz torturado en todos los sentidos, obligado en cada punto, y al mismo tiempo, á infinitos y extraños ejercicios acrobáticos para hacer la transmisión, por todas las formas imaginables é incomprensibles, de los fenómenos que se encomendaban al cuidado de su actividad.

Me pasmo de ver cómo la razón ha podido concebir y sustentar tan extravagante doctrina.

Al mismo tiempo queda aprovechado todo el trabajo hecho, porque á la intervención de la onda ha sustituido el intervalo de los núcleos.

Así quedan explicados los fenómenos interferenciales y de difracción, sustituido al rayo rígido y continuo de Newton, el rayo flexible y discontinuo que tomo por fundamento, como consecuencia de la explicación conjugada de la desagregación del átomo.

Quedan también justificados los fenómenos de refracción por la desigual facilidad de penetración, y cómo los rayos rojos producen más impresión calorífica por estar constituidos por masas de mayor densidad, de ahí resulta un choque más violento. Las radiaciones superiores llegan á ser tan tenues, que pueden pasar sin

perturbación alguna. Pero esto precisamente explica su acción esterilizadora. No son voluminosas granadas capaces de remover grandes masas de tierra: son delicadas agujas, capaces de pulverizarlo todo.

La sugestión de estas doctrinas procede del examen de los fenómenos radiantes. Pero supongo que son estas las primeras consideraciones que plenamente los aprovechan.

Observaré que, aunque con aspectos diversos, radiantes son todas las substancias, como consecuencia de su estructura y de las acciones recibidas. De naturaleza radiante son los fenómenos eléctricos, estáticos y dinámicos, siempre derivados de la desintegración de la materia como resultado de un choque ó de acciones moleculares puestas en juego en las reacciones químicas.

En la diversidad de la naturaleza de las radiaciones, y consecuentemente en la diversa forma como actúan, se encuentra la razón por la cual hasta hoy no ha sido planteada la unidad con que se me presenta esta doctrina.

No me ocuparé ahora en la clasificación entonces presentada; recordaré solamente las grandes divisiones principales: fuerzas derivadas, materia.

Considerando la desagregación del átomo, última y más elemental manifestación de la materia, he observado que es tanto más fácil cuanto menor es la estabilidad del edificio atómico, y que la encontramos patentizada, especialmente en el fenómeno vulgar del espectro, que pone en evidencia los más variados radiantes con calidades variadísimas, intensificadas en manifestaciones caloríficas, luminosas y químicas.

¿Y cómo son producidos los átomos? Muy naturalmen-

te, por los elementos que encontramos en su descomposición.

El choque de radiantes producirá una concentración de atomogénios. Y podrá acontecer que toda la velocidad de que estaban animados quede anulada, ó que totalmente, ó en parte, sea trasformada en velocidad de rotación.

Como consecuencia tendremos un cuerpo inerte sujeto á moverse bajo la acción de los otros radiantes, ó un elemento animado aún de traslación con movimientos de rotación.

Con hechos más ó menos complejos de esta naturaleza se llega á la constitución de especies químicas, definidas en armonía con las circunstancias ocasionales de estructura más ó menos inestable, pero siempre complicada, como resulta demostrado irrefragablemente por sus espectros.

Podrá parecer extraña la constancia con que son producidos prodigiosos números de átomos de la misma naturaleza. Esta admiración no puede ser mayor que la que nos produce el observar la prodigiosa multiplicación de los pequeños organismos.

Conforme he procurado justificar, el conjunto de los radiantes primarios que en todos sentidos, y justo es admitir, igualmente repartidos, actúan sobre los derivados, producirá el fenómeno de la gravitación, de que el de la gravedad es una manifestación especial para la tierra. En consecuencia de la causa apuntada, la gravitación es el fenómeno más general del Universo, y subordina casi completamente todos los fenómenos observados sobre la Tierra.

Otras acciones pueden modificar aquélla. Con impor-

tancia especial para la Tierra tenemos las radiaciones emitidas por el Sol, de que la casi totalidad pertenecerá á la categoría general, con insignificante influencia sobre el Universo; pero para la Tierra tienen grande importancia las interceptadas por este cuerpo, pues producirán las perturbaciones eléctricas, magnéticas, y las variaciones de temperatura, y aun como consecuencia, variados fenómenos que interesán mucho al hombre, como las estaciones, los climas, etc.

Y ahora observaré cuán interesante es comprobar cómo la acción de las últimas radiaciones puede modificar la acción general de las primeras.

Las acciones radiantes entran en composición para producir la vida. Fórmase una nueva especie de organismos de la naturaleza de los radiantes derivados. Pero en estos organismos, las acciones de los radiantes derivados, y aun su composición con los radiantes principales, constituyen una nueva fuerza radiante, la cual actúa en los organismos superiores á través de los nervios y puede modificar todas las demás, produciendo su descomposición, y apropiándolas conforme á su naturaleza.

Es fácil reconocer cómo estos organismos están constituidos en forma análoga á la constitución del átomo, y también cómo resultan del choque, causa primordial y constante de su producción y crecimiento, hasta llegar á una constitución determinada, inmensamente variable en las causas, pero de naturaleza definida, como sucede con los átomos.

Como sucede con aquéllos, seguramente, su conservación se opera por continuas renovaciones realizadas á costa de los elementos resultantes de la dispersión de

otros organismos, para á su vez llegar también á ese estado de dispersión, que es el estado clasificado como muerte.

Hecho curioso es la muerte, cuando considerando los organismos físicos, éstos entran precisamente en el período en que más los apreciamos, en el período del brillo. Es interesante observar cómo es cierto que el brillo es la consunción de un cuerpo, que entonces está suministrando á los demás rápida y ampliamente todas sus fuerzas.

¡Es exacto decir que quien brilla se desgasta, muere! No debería querer brillar quien quiere vivir. En fin, tenemos al hombre sustentado por la fuerza vital y representando una nueva radiación.

Estas radiaciones chocan entre sí, y nuevos organismos son constituidos, los organismos sociales, en los cuales tenemos que atender, para apreciarlos, á las variadas fases por que la fuerza ha pasado hasta llegar á su constitución, y al conjunto de esas fases, en un determinado instante.

En él tenemos los átomos constituidos por los choques de los radiantes, con tendencia á desorganizarse y á producir nuevas radiaciones: las células constituidas por esos átomos, que también gozan vida propia, y se encuentran en constante intercambio con los elementos exteriores, absorbiendo y radiando; por último, tenemos el organismo, compuesto por aquellos elementos, absorbiendo y radiando constantemente hasta el momento en que se queda solamente en esta fase.

Mientras dura la fase que designamos con la palabra vida, el organismo, precisado á una constante absorción de elementos, habrá de recibirlos, ó de los elementos ya

convertidos en radiantes principales ó de aquellos que tendrán que ser obtenidos por la descomposición de otros, tornándose aun en este caso indispensable la destrucción de unos para la conservación de la existencia de los otros.

Si especialmente consideramos al hombre, veremos cómo los elementos indispensables para elaborar en su retorta las fuerzas de la vida deben ser obtenidos á costa de substancias organizadas; por esta razón se encuentra justificada la destrucción de éstas, y por eso científicamente queda justificado el asesinato y el robo en la Naturaleza, que no son otra cosa sino la actuación de esa indispensable apropiación, tan evidente en los seres considerados como parasitarios, inmediatamente yuxtapuestos á los elementos que descomponen y matan, pero que es un fenómeno que en realidad se da en todos los casos, pudiendo afirmarse sin recelo que todos los seres, como todos los elementos, son parasitarios, en el sentido de que todos ellos se conservan á costa de otros que se disgregan y mueren para sustentarlos.

Los hombres se congregan voluntariamente ó por coacción, y la vida de las sociedades se presenta con las mismas exigencias, y su conservación tiende á hacerse á costa de otras sociedades.

Al robo, al asesinato aislado, corresponde ahora la guerra con el asesinato colectivo, con la expoliación por la masa.

Formados los organismos que ahora consideramos por los sucesivos elementos constitutivos del hombre, y por masas de hombres, se les aplica todo lo que hemos observado en el régimen de los otros, y en estos nuevos organismos se observan hechos idénticos, y en especial

su crecimiento por multiplicación ó por choque entre elementos, con aniquilamiento de parte de las fuerzas propias de cada uno, y con tendencia constante á la disgregación y á la dispersión, que en todos los casos es el desenlace final.

Así queda sentado que la sociedad está constituida como el átomo, como la célula, como el hombre. Nace y muere como aquellos organismos, y vive á costa de los otros, sirviendo las ruinas de unas sociedades para la constitución de otras nuevas.

Pero si yo no hubiera venido aquí sino á dar cuenta de que del choque, de la lucha, resultan el relámpago y el trueno que nos atemorizan, la luz que nos ilumina, el calor que nos calienta, la fuerza que nos levanta, el alimento que nos sustenta, las sociedades en que vivimos, bien podría haberme ahorrado importunar al ilustradísimo auditorio que se digna oirme. Lamentarnos de que aun en este momento, cuando tanto se pregona la civilización en que vivimos, los hombres se despedacen como fieras hambrientas, subordinadas exclusivamente á las necesidades que se derivan de su existencia, sería de reducida utilidad, y aunque sea bien científico el fundamento de estas doctrinas, no sería posible encontrarle una ventaja positiva. Podría deducirse que solamente habíamos llegado á la justificación del crimen.

Mas en esa lucha tremenda, que está manchando á la Humanidad, ¿encontraremos la justificación de que en ella existan las características de los elementos anteriormente citados?

Es cierto que la casi totalidad de los combatientes se baten exclusivamente por la causa de la Patria, y que

son admirables los sacrificios que realizan. Es también ocasión de recordar los repetidos actos de abnegación realizados, notables especialmente en Bélgica, que se ha sacrificado para resistir el ímpetu de la onda invasora, en Francia, donde el sacrificio ha alcanzado límites superiores á lo imaginable, donde las mujeres sofocan sus sentimientos maternales y entregan á la muerte á sus hijos, con un patriotismo digno del mayor respeto. Es general este sacrificio, y yo he recibido ha poco tiempo una tarjeta, que me ha conmovido mucho, de mi querido amigo el conde de la Baume, que lleno de resignación, me comunicaba la infausta noticia de la muerte de su único hijo, voluntario de diez y ocho años.

Y ahora, si observamos los sacrificios hechos por la familia, los sacrificios hechos por la Patria, por la raza, por la Humanidad, ¿qué deberemos deducir?

Es indudable que aparte de las fuerzas antes indicadas, y que he podido deducir de las que resultan de la disgregación de la materia, algo más existe, cuyas consecuencias son bien patentes, pero que completamente escapa á nuestra investigación. Son las fuerzas psíquicas, que un espíritu positivo no puede negar, como no niega la existencia de la fuerza de la gravitación y las demás referidas; son las fuerzas que conducen á los más extraordinarios heroísmos, á las máximas abnegaciones; son las fuerzas que producen los santos, que produjeron la muerte de Jesús, ejemplo del mayor valor espiritual, razón por la cual, á través de tantos siglos transcurridos entre las más profundas discusiones, su recuerdo se conserva reverenciado por todos los pueblos civilizados.

El amor maternal, el amor filial, el amor de la familia, el amor de la Patria, el amor de la raza, el amor de la Humanidad, la abnegación, el heroísmo, el sacrificio, el martirio, demuestran que aparte de aquellas fuerzas de la gravitación, eléctricas, magnéticas, vitales y sociales, resultantes de acciones que en la estructura radiante y en la composición atómica celular, orgánica y social encuentran explicación, existen otras con posibilidad de coordinar y dominar á todas las demás.

¿Dónde se encuentran, cuál es su origen?

¿Y quién ve, quién mide directamente las fuerzas de la gravitación? Para referirme solamente á las más sencillas de las admitidas, de que creo haber presentado en el Congreso de Granada, por primera vez, la explicación, hace poco, las fuerzas eléctricas solamente se nos manifiestan por los fenómenos que producen, y nadie pone en duda su existencia, al ver la grúa por ellas movida elevar enormes bloques y vencer la gravedad que los impelía hacia la tierra. Así como aquellas fuerzas contrarían y vencen á la de gravedad, también éstas fuerzas espirituales pueden contrariar y dominar todas las otras fuerzas físicas, inclusive las de la vida, que impulsan á los seres á la destrucción de otros seres, á la lucha sangrienta de todos los instantes.

— Pero una objeción importante se nos presenta. Es que así como las fuerzas eléctricas modifican poco las acciones de la gravedad, y unas y otras son ligeramente modificadas por las fuerzas de la vida, también las de la vida sólo podrán ser ligeramente influídas por estas otras fuerzas morales, y hasta ahora, lo que conocemos poco puede animarnos, al observar la corta influencia del desarrollo intelectual.

19 Mas de la existencia de esas fuerzas podremos sacar importantes consecuencias: la principal es la posibilidad de que su influencia modifique las tendencias perjudiciales de las otras, y de que entre los pueblos, como entre los individuos, pueden ser establecidas relaciones de armonía.

20 Y ahora es oportuno preguntar: ¿Cuáles son los principios á que deberán responder?

21 Para los elementos constitutivos de los pueblos, la máxima independencia y coordinación paralela, para que puedan ejercer su acción con la máxima fuerza y les sea posible obtener el máximo resultado. Toda coacción será perjudicial: determinará obstáculos que vencer, desperdicio de energías.

22 ¿Será la anarquía la fórmula? En manera alguna. La anarquía representa una acción desordenada de las fuerzas en todos sentidos, y por eso conduce al máximo mal como consecuencia de constantes choques.

23 A este propósito observaré también cómo científicamente se encuentra condenado el socialismo que fué engendrado en Alemania, para desorganización de las otras sociedades, y que en Marx tuvo el pontífice máximo de la negación espiritual, quedando la Humanidad en las últimas consecuencias de su doctrina, entregada exclusivamente á las fuerzas crueles de la vida, y las sociedades bajo una presión que impide su pleno desarrollo, y todo ello con la pretensión de beneficiar á los desgraciados; con la blasfemia de considerar á Cristo como el primer socialista, cuando tantos hubiera en las sociedades primitivas, y tantos existen entre los salvajes.

24 Refiriéndome á esta perniciosa acción, fomentada en

tantos casos por la ambición política, que se sirve del pueblo, como pelota que lanzada hacia las altas cumbres de la fantasía, viene á deshacerse en pedazos en el duro terreno de la realidad, permítaseme que repita las palabras con que hace poco me expresé en la conferencia que tuve el honor de pronunciar en la Universidad de Coimbra, sobre el tema: *Portugal na guerra e na paz*, á propósito de la visita hecha á mis compatriotas en lucha, en las planicies encharcadas de sangre de Flandes. Estudiando los países en lucha y el conflicto, decía: «A malaria socialista longe de elevar, afunda e destrae todos os progressos da civilisação, acobertada com um falso sentimentalismo do socorro aos fracos, que não e'outra cousa senão um incentivo para a preguiça, para a inercia, para o aniquilamento de todas as forças, para se chegar ao nada.»

También, con gran placer, recordaré algunas palabras expresivas sobre este mismo asunto, pronunciadas por el ilustre estadista Sr. Dato en su elocuente discurso inaugural, de Sevilla, del corriente año, que me produjeron la más profunda impresión, por sus elevados conceptos científicos. «Pero es el caso que el socialismo, como partido, viene á caer herido de muerte al pie del monumento levantado por todos los gobiernos á la organización nacional de las fuerzas colectivas, tema constante de la propaganda de aquél.»

A propósito: aprovecharé esta ocasión para tributar el testimonio de mi profunda admiración y respeto á la noble labor con que en este hermoso país están resolviéndose los más difíciles problemas sociales por gran número de personas aquí presentes, por muchos de los miembros de esta docta Academia; y ante todo permí-

taseme que cite, por su fecunda obra y por el afecto que le profeso, á mi querido amigo Sr. D. José Maluquer y Salvador, cuya incansable acción es un verdadero apostolado social. Ojalá pueda yo introducir en breve en nuestras costumbres portuguesas una institución tan hermosa y tan útil como el *Instituto Nacional de Previsión*, que tiene el elevado objetivo de fomentar el trabajo y garantizar el porvenir del trabajador: fomentar el trabajo robusteciendo al trabajador física y moralmente, asegurándole contra el riesgo de una invalidez prematura y contra la amenaza de una vejez desamparada, con el concurso armónico del Estado, del patrono y de sus propios recursos, que siempre deben constituir parte importante de esta obra, para que no se convierta en limosna.

A las naciones tiene aplicación la misma doctrina. Constituidas por el desarrollo de las familias, por la libre unión de muchas, las naciones serán tanto más fuertes cuanto más homogéneas sean, cuanto más libres é independientes sean sus elementos, cuanto menor sea la coacción ejercida por las unas sobre las otras.

En cuanto ésta aparece, inmediatamente queda inutilizada gran parte de la fuerza de cada elemento, y la acción resultante será una pequeña parte de la suma de las acciones posibles para cada uno.

Tenemos aquí un fenómeno análogo á aquel que se da en la constitución de los átomos, de que la acción queda reducidísima, y en los cuales al mismo tiempo queda latente la descomposición que fatalmente se dará hasta su completa disgregación, hasta su muerte por la dispersión.

Necesitaría mucho tiempo para emprender la demostración completa de esta idea.

Quizá se me objetará la grandeza adquirida por Alemania, desde que Prusia se sobrepuso á los pueblos germánicos por medio de su acción coercitiva. Pero téngase presente cuánto se desarrollaron estos pueblos durante su expansión independiente. No vacilo en afirmar que, disponiendo de los modernos descubrimientos, la suma de sus valores no sería inferior al total que últimamente daban la impresión de poseer. Y la verdad es que este valor colectivo del Imperio ha conducido á desastres que sólo ahora, al fin de tres años de guerra, que no habría surgido de no existir el Imperio germánico, pueden apreciarse. Se calcula ya en más de siete millones de hombres las pérdidas de los imperios centrales, y que éstos han gastado más de 300.000 millones de pesetas, ó sea más de sesenta veces la colossal indemnización exigida en 1871 á Francia. ¿Para qué? Para devorar tantos hombres y tanta riqueza en una lucha funesta á la Humanidad.

* * *

¡Hora es de elevar el ánimo de los dos pueblos de la Península occidental de Europa, tan cercanos, tan hermanos, tan desconocidos de los extraños y de sí propios, y todavía merecedores de la mayor admiración y respeto. Hacer su historia es trazar una brillante epopeya.

Muchos fueron los pueblos que dejaron aquí huella de su paso: celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros; y, entre ellos, los godos y los árabes fueron los más importantes que en los tiempos históricos se establecieron en la Península é influyeron más ó menos en la formación de las actuales civilizaciones.

A través de todas estas influencias se mantienen siempre las cualidades nativas, caracterizadas por una indomable resistencia al dominio de los extranjeros, al cabo absorbidos por los elementos indígenas, pero diferenciadas entre los pueblos que con ligeras variantes han ocupado las regiones en que se encuentran las dos naciones portuguesa y española.

Estos hechos indican la razón de la máxima independencia de los dos pueblos.

Pero tanto la Historia desde los más remotos tiempos, y especialmente estudiada desde la época, tan trágica como épica, en que Pelayo, desde lo alto de las cumbres de Asturias, inició la empresa, que sólo después de largos siglos de sangrientas luchas y crueles sacrificios pudo realizarse, libertando á las hermosas comarcas de la Península del dominio sarraceno, como el examen de las circunstancias actuales, imponen una leal é intensa cooperación entre Portugal y España, basada en un amplio y completo conocimiento de los dos pueblos.

Así se conseguirá, en armonía con los principios que he expuesto respecto á las sociedades, correlativos de los que existen para el mundo físico, que la Península adquiera el mayor valor posible, como consecuencia de la coordinación armónica de dos fuerzas valiosísimas, en las cuales deberemos considerar, no solamente los valores aquí existentes, pero también los que podremos enlazar, y seguramente enlazaremos, cuando una buena orientación sea adoptada, no solamente los de las importantes colonias que aún posee Portugal, aseguradas firmemente por el enorme y heroico sacrificio que en este momento está haciendo mi país, sino también los de los ricos y ya poderosos pueblos que una y otra nación han

producido con un esfuerzo potente, y que ocupan toda la América del Sur y parte de la del Norte, y son para nosotros un justo título de gloria.

No debo abusar de la bondad con que me estáis escuchando; pero no quedaría satisfecho si no recordase, sintiendo que mi voz no tenga eco en toda Europa y en todo el mundo, que en estas tierras han encontrado siempre la más dura y victoriosa resistencia las invasiones. En Portugal tuvimos á Viriato, en España á Numancia.

La invasión sarracena en 711 postró por un momento á los pueblos de la Península. Seis años bastaron para echar los cimientos de una patria rejuvenecida, y la elección de Pelayo, figura memorable que nuestra imaginación conmovidamente evoca, augura en 718 para un futuro más ó menos lejano, que para Portugal llegó en 1251 y para España en 1492, la liberación de la Península, que después de esta época ha quedado entregada á sus propias fuerzas, con acción independiente en sus dos pueblos, grandiosos siempre cuando en la plenitud de su libertad, y por eso con su máximo valor, han cooperado con un objetivo común.

Y es interesante considerar cómo en Portugal y España se presentan dos ciclos alfonsinos, que en España llegan hasta Alfonso XI, y en Portugal hasta Alfonso V, con reyes llenos de prestigio y valor, que condujeron á los dos reinos hasta el esplendor de la gloria, gozada en España por Fernando é Isabel, Carlos V y Felipe II, que elevaron á España hasta el dominio de la mayor parte de la Europa, y al descubrimiento y colonización de gran parte de la América—y en Portugal con Juan II, D. Manuel y Juan III, que recogieron los frutos del ár-

bol plantado por sus predecesores, ampliamente robustecido por el sabio Infante de Lagres, y que se encuentran condensados en la más sublime epopeya—, el descubrimiento de la ruta para la India y el descubrimiento del Brasil—empresa de navegantes que cantó en Portugal el más insigne poeta épico moderno, Camoens—, que ninguna de las naciones de Europa, que acaso han tenido olvidada á veces la existencia de este admirable pueblo, ha podido producir, porque nunca realizó tanta gloria.

Trazar la historia alfonsina en España y en Portugal, bien puede decirse, que es pintar los más hermosos cuadros de la historia de estos dos pueblos, y es ofrecer la prueba del valor de su independencia y de su cooperación, que en el siglo xv tomó el máximo incremento, exactamente cuando los dos pueblos llegaron á su apogeo en los tiempos pasados.

Hallamos primero á Alfonso *el Católico*, sucesor de Pelayo, cuya memoria se conserva con el respeto que merecen sus inclitos hechos. Desde 791 hasta 842 se nos ofrece la figura de Alfonso *el Casto*. Poco tiempo después, en 872, aparece Alfonso III *el Grande*, que se distingue por la protección á la letras y á las ciencias, como en la guerra, y que aún en 912, ya después de haber abdicado, combate gloriosamente. Y luego Alfonso IV y Alfonso V, también rey notable, muerto en 1027. En 1064 ya ocupa el trono de León Alfonso VI, y entonces se echan las bases del futuro reino de Portugal, con la donación hecha al infante D. Enrique de Borgoña, que casa con Doña Teresa, y goza poderes soberanos después de la muerte de Alfonso VI. Este rey hizo avanzar grandemente la reconquista, y en su

época destaca como un símbolo de aquella España, el Cid, Rodrigo Díaz de Vivar.

Tras Alfonso VII, en 1126 observamos la conjunción de los tres Alfonsos, igualmente gloriosos: Alfonso VIII de Castilla, Alfonso *el Batallador* de Aragón, y Alfonso Henriques *el Conquistador*, en Portugal. Este en 1139, hace casi ocho siglos, establece el reino de Portugal, definitivamente constituido ciento doce años más tarde, hace casi siete siglos, y que es así la más antigua nación de Europa.

Alfonso IX gobierna en Castilla desde 1158 hasta 1214, y entre otras notables empresas, dispensa su liberal protección á la Ciencia, y establece la Universidad de Palencia.

En 1252 hallamos la gran figura de Alfonso X *el Sabio*, contemporáneo de Alfonso III en Portugal, ambos espíritus elevados y de alta cultura. A Alfonso X pertenece la gloria de haber dado á los estudios astronómicos un gran desarrollo, y haber publicado las Tablas alfonsinas. En su pretensión al Imperio parece anunciar los días grandiosos de Carlos V.

Al fin, en 1340 aparece la recia figura de Alfonso XI, que con el concurso de Alfonso IV *el Bravo*, de Portugal, derrota á los moros en la célebre batalla del Salado.

Ha vuelto ahora España á tener un nuevo ciclo alfonsino. Fué brillante el breve reinado de Alfonso XII, es seguro que también lo será el reinado del actual Monarca, á quien séame permitido augurar el apelativo de *Mediador*, atendiendo al espíritu generoso y elevado con que conduce la política internacional española en este difícilísimo momento histórico.

Ojalá que este período sea para España como lo fué el primero: precursor de una larga época de gloria y grandeza. Tengo en ello una gran fe, y también en que nuevos días de prosperidad lucirán para Portugal, siguiendo como siempre paralelas las historias de los dos pueblos.

Conocieron estas dos naciones el mayor esplendor, y poseen condiciones para adquirirlo de nuevo. No pueden ya descubrirse otros mundos como antaño, pero está por hacer el aprovechamiento de las inmensas riquezas que poseemos. La situación excepcional en que nos encontramos, tan favorable por las extensas costas avaloradas por magníficos puertos, como por el admirable clima, y las riquezas, tanto en productos vegetales y animales como minerales, permite grandes esperanzas. La ventaja, mejor aún, la necesidad de una franca y leal cooperación entre los dos pueblos, es evidente.

Y por ser este un punto donde á veces aparecen algunas nubes, rápidamente observaré cuán faltos de fundamento son, en mi opinión, los celos nacidos de la posible competencia de las mismas producciones, por ejemplo, el corcho, el aceite, el vino. Precisamente por eso tenemos mayor necesidad de una inteligencia para la debida valoración de esas riquezas.

Cuán íntimas son nuestras relaciones lo demuestra la circulación de nuestras aguas. Del agua que es nuestra sangre, que es nuestra fuerza, que es nuestra vida, y que corre primero en vuestros cauces, y que el sol, que es el mismo para nuestros dos pueblos, ha transportado de allí para vuestras fuentes, estableciendo así una continua circulación entre los dos pueblos.

Mas no basta haberme referido á los servicios que á

la Humanidad han prestado los pueblos de la Península, á su gloria y sus riquezas. Algo más debemos considerar y de gran valor.

Aunque por el idioma los pueblos de la Península se encuentren en el grupo latino, no pueden serles disputadas cualidades propias, en que sobresalen: nobleza de espíritu, sentimientos de hospitalidad y abnegación, espíritu de aventura, que podrán ser criticados por no ser siempre fuente de comodidades y riquezas, pero que por eso mismo se imponen al respeto y consideración mundial y que nos ofrecen altos ejemplos en que apreciar la devoción, llevada al extremo del sacrificio, con que estos pueblos se han consagrado á la causa de la Humanidad. Aquí sí que las fuerzas espirituales han dominado á las fuerzas materiales.

La Cruz, símbolo augusto, ante la cual hasta las mayores impiedades se inclinan, aquí encontró una legión de fervorosos creyentes y apóstoles: Antonio de Andrade; Goes, que atravesó el Asia Central; Manuel de Nobrega, que ha enlazado su nombre á la fundación de las ciudades de la Bahía, Pernambuco, Río y San Paulo; Anchieta, compañero de Nobrega; Antonio Pereira, tantos y tantos que hicieron el sacrificio de su vida, y no olvidemos á los frailes Antonio Viera, Luis de Granada, Luis de León, luminares del espíritu místico.

A veces se pretende deprimir el valor de tan nobles sentimientos, con la acusación de que encubrieron intereses mezquinos. Pero la injusticia es patente.

La epopeya de los descubrimientos con que estos dos pueblos, armados de profundos estudios científicos, llenos de audacia y abnegación, trajeron al consorcio hu-

mano la mayor parte del mundo; el martirio de tantos apóstoles como sacrificaron la vida para traer á la razón á los pueblos salvajes de extensas regiones, son motivo de justificado orgullo y tienen seguramente un valor mucho más grande que los descubrimientos científicos de muchos otros pueblos. Para con ellos ha contraído la Humanidad una deuda eterna.

No nos encontramos en presencia de la efímera gloria de las invasiones persas, de las pugnas griegas, de las conquistas romanas, de las inundaciones de los bárbaros y de los sarracenos, siempre por tierras conocidas y siguiendo el impulso de desmedidas ambiciones, de la gloria del triunfo y hasta del placer de la destrucción.

La acción gloriosa de España y Portugal tiene otra elevación. Estos pueblos, poseedores en el más alto grado de las cualidades que distinguen al hombre de la fiera para elevarse á las superiores regiones del espíritu, realizaron la obra más grande de que el hombre puede enorgullecerse: dilatar el ámbito de su acción hasta los últimos confines de la tierra, educar á los pueblos bárbaros y conducirlos á la verdadera civilización, que es tanto mayor cuanto más grande es la preponderancia del espíritu sobre la materia.

Enorgullécese España de su inmortal Cervantes. Y con plena razón, no tanto por ser un admirable escritor, no tanto por deleitarnos con la hermosura de sus libros y por su inagotable imaginación, no tanto por su profunda crítica, como porque en esa crítica nos descubre, nos hace admirar y respetar exactamente el superior carácter de un pueblo en que el espíritu domina las tendencias viles de la materia, de tal manera que produce el

asombro, que llega á molestar á aquellos que no participan de estos sentimientos, y que por eso no pueden apreciar tan exquisitas cualidades.

Cayó en el ridículo la caballería andante, de la que los pueblos de la Península fueron verdaderos paladines. No hay motivo para regocijarnos, aunque las exageraciones la perjudicasen. Caballero sagrado fué Cristo, que en la cruz consumó su sacrificio, que á torrentes derramó por el mundo la fe y la esperanza, que arrancó á la Humanidad de la desoladora situación en que se encontraba. De caballeros andantes, aunque consagrados á una vida humilde, y á veces obscura, se compusieron las legiones de apóstoles que por todo el mundo pregonaban la caridad y la dignificación humanas y caballeros andantes sois también en estos tiempos vosotros, ilustre general Marvá y vuestros distinguidos compañeros en el *Instituto Nacional de Previsión*, obra que me ha inspirado la más viva simpatía por su incansable, activa y valiosísima labor, dedicada á la defensa de la invalidez y la vejez desvalida.

No son hoy nuestros pueblos tan ricos y poderosos como otros, pero ninguno puede gloriarse de haber prestado mayores servicios á la Humanidad, de haber manifestado más altas cualidades.

Nuestro inmortal Camoens, cuando fija en su monumental poema, en estrofas diamantinas, la gloriosa historia de Portugal, conmemora, entre otros, un hecho que nos honra mucho: haber indicado el duque de Lancáster, que entre los lusitanos debían buscarse los hombres dispuestos á sacrificarse por el honor de las damas inglesas.

Quando dos pueblos poseen almas de tal temple

como los pueblos español y portugués, y en sus caracteres de raza se encuentran engastadas tan preciosas joyas, que en todos los tiempos han despedido los más puros y brillantes destellos, es seguro que tan pronto como vuelvan á ocupar el puesto que corresponde á sus dotes espirituales, volverán á brillar ambos pueblos como estrellas de primera magnitud en el horizonte de la Humanidad. (*Grandes aplausos.*)

HE DICHO.

